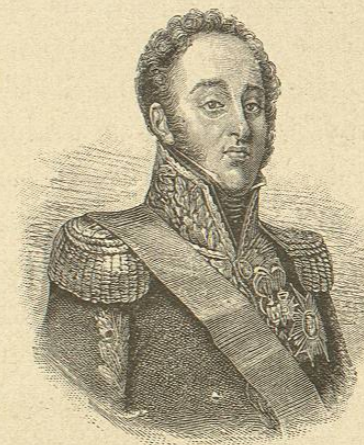


Portugal, le obligase á dejar el mando é inutilizase su perseverancia. Temía sobre todo que los Franceses, reuniendo todas sus fuerzas, atacasen directamente á Lisboa; y finalmente, tenía que contar con el descontento de los Portugueses, sumamente disgustados de que este general inglés arruinase y talase su territorio, incendiando sus mieses, cortando sus olivos con el pretexto de llevar el hambre á los Franceses y evitar combatir con ellos. En medio de estas diversas preocupaciones supo Wéllington conservar toda la lucidez de su espíritu y toda su sangre fría, y persistiendo en el plan que con razón creía mejor, dejó que el ejército francés se consumiese ante sus trincheras durante cinco meses: sabía perfectamente que si sus soldados sufrían, no sufrían menos sus enemigos. Los Franceses se veían obligados á enviar expediciones á una distancia de cincuenta leguas para buscar provisiones. Fué realmente ésta una de las situaciones más curiosas de la historia militar: á veces reuníanse merodeadores franceses é ingleses que desertaban de sus ejércitos respectivos, formando cuadrillas (casi siempre mandadas por franceses) para vivir libre y holgadamente saqueando el país. El capitán de una de ellas llegó á hacerse en cierto modo popular con el apodo de *general Caldero*, sobrenombre que no da lugar á comentarios. Por terrible é inexorable que fuese esta lucha, los soldados de ambos ejércitos comenzaron á apreciarse y hasta á simpatizar mutuamente, y aun sin entenderse se daban las manos en los momentos de tregua, y en particular los heridos. Separados por el Duero, Ingleses y Franceses se bañaban en él y fraternizaban en medio de su corriente. «Ellos nos daban ron, — dice un oficial que mandaba una de estas secciones, — y nosotros galleta, y en medio del río cambiábamos nuestros obsequios (1).» En cambio los ingleses tenían poco aprecio á los guerrilleros, en quienes sólo veían bandidos (2) que mataban y robaban

(1) Este detalle está tomado de las Memorias manuscritas del marqués de Rabar: *Recuerdos del regimiento número 101*. Véanse la relación de Thiers, las memorias de Marbot y, principalmente, el resumen hecho por Arsenio Barine de la autobiografía de un soldado raso del ejército inglés que fué uno de los modestos actores de esta campaña (*Revue des Deux-Mondes*, 1.º de Septiembre de 1889).

(2) Nada de particular tiene que los Ingleses tuviesen en tal concepto á nuestros guerrilleros. En todas épocas, y particularmente en aquella, en la que tan necesarios eran para España los auxilios de Inglaterra, se han reconocido por los Españoles las

con preferencia á los Franceses. Entretanto, las enfermedades y las deserciones iban reduciendo de día en día el ejército de Massena. Por otra parte, Soult, sin preocuparse de lo que ocurría en Portugal, se apoderó de Olivenza y derrotó en el Gebora una columna que iba en auxilio de Badajoz, que no se rindió hasta el 10 de Mayo de 1811. En cuanto á Victor, se limitó á bloquear á Cádiz; en este sitio murió el general Senarmont, «el Condé y el Bayardo del arma de artillería.» Massena, falto de víveres y desconfiando de ser socorrido en tiempo oportuno, se decidió á levantar ocultamente su campo, to-



El mariscal Suchet, duque de la Albufera

mando el camino de Coimbra (4 de Marzo). Entonces Wéllington salió de sus líneas y emprendió la persecución de un ejército que, compuesto de 60.000 hombres al principiarse la campaña, había quedado reducido, casi sin combatir, á 28.000 hombres escasamente. Alcanzó la retaguardia en Pombal y en Redinha (11 y 12 de Marzo), en cuya ocasión Ney, olvidando su disgusto por haber sido puesto á

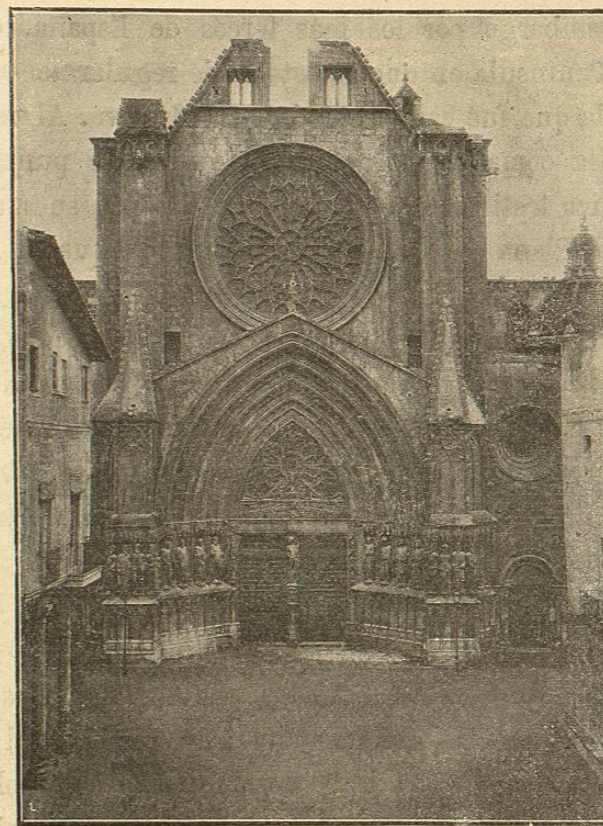
condiciones de los Ingleses, tanto que las Juntas de España rehuyeron por mucho tiempo recibir tropas de aquella nación, que al hallarse aquí trataron á las comarcas donde operaban como país conquistado, talando y saqueando, so pretexto de privar de recursos al enemigo, y destruyendo nuestras industrias (la fábrica de porcelana del Retiro, en Madrid, alegando la necesidad de establecer una batería en aquel punto) y hasta nuestras defensas. Por grande que fuese el daño que Francia haya podido ocasionar á España, nunca llegará á los perjuicios que Inglaterra, enemiga ó amigo, nos ha causado.—
(N. del T.)

las órdenes de Massena, mostróse en esta lucha á la defensiva digno de lo que había sido anteriormente en Polonia. Massena no se detuvo hasta Ciudad-Rodrigo, dejando á los Ingleses que atacasen en Almeida, y una vez reforzado su ejército volvió á tomar la ofensiva, encontrándose en 5 de Mayo de 1811 enfrente de Wéllington, que ocupaba una fuerte posición en la meseta de Fuentes de Oñoro. Dióse aquí una batalla parecida á la de Talavera ó de Busaco, que hubiera podido convertirse en una brillante victoria para los Franceses si Massena, cuyas disposiciones generales habían sido las propias de un gran militar, no hubiese tenido que chocar con las vacilaciones y la mala voluntad de sus lugartenientes, y particularmente de Bessières; se vió, pues, obligado Massena á proseguir su retirada y abandonar á su suerte Almeida, cuyo gobernador, Bernier, voló sus fortificaciones durante la noche y aprovechándose de la confusión que se produjo por hecho tan extraordinario, logró atravesar con la guarnición las líneas inglesas é incorporarse al grueso del ejército.

Wéllington, tranquilo por esta parte, acudió en auxilio de Beresford, que al frente de 30.000 portugueses se dirigía hacia Andalucía en el momento en que el ejército de Massena había emprendido su retirada, y reconquistó Badajoz (20 de Enero de 1812), á pesar de la tenaz y bien dirigida resistencia de Filippón.

Únicamente Suchet había sostenido por completo el brillo de las armas francesas. Concluyó, en primer término, la sumisión de la cuenca del Ebro con la toma de Lérida, de Mequinenza, de Morella (Mayo-Junio de 1810), después de Tortosa (2 de Enero de 1812) y de Tarragona (28 de Junio). El sitio de esta ciudad fué en realidad un combate no interrumpido durante cincuenta y cuatro días; en él hubo tres sitios, pues fué preciso conquistar sucesivamente el fuerte del Olivo y los dos recintos de la ciudad. En los asedios de las poblaciones españolas desplegaron los Franceses, tanto soldados como oficiales y jefes, tal paciencia y valor y tales resortes de actividad é inteligencia, que hicieron del ataque y defensa de las plazas de la Península la parte más gloriosa para ellos de aquella larga guerra y una de las páginas más dignas de llamar la atención de su historia militar. Pues si con razón se siente uno extraordinariamente admirado ante los defensores de Girona, de Zaragoza y de Tarragona, ¿qué

cabe pensar de los que las conquistaron (1)? Suchet, dueño de Tarragona, se apoderó de Montserrat (2), y una vez Macdonald hubo ocupado Figueras, pasó al Sud de la cuenca del Ebro, derrotó á Blake en las ruinas de Sagunto (30 de Octubre) y le arrojó sobre Valencia, en donde le obligó á capitular con su ejército después de doce



Fachada de la Catedral de Tarragona (según fotografía)

días de sitio (26 de Diciembre). Suchet, ascendido á mariscal de Francia después de la toma de Tarragona, recibió ahora el título de

(1) Sin negar la parte de gloria que pueda caber á los soldados franceses, debemos consignar que en casi todos estos sitios la anublaron con los actos vandálicos que llevaron á cabo. Después del de Zaragoza hicieron prisioneros á sus defensores, faltando á la capitulación, llevándolos á Francia, incluso á Palafox, víctima de sus malos tratos, y haciéndoles sufrir toda clase de penalidades, llegando á fusilar á aquellos que por su debilidad, cansancio ó heridas no podían seguir. En Tarragona, «el saqueo, la muerte de inermes habitantes, la destrucción, el incendio, la violación, todos los horrores, en fin, de las pasiones humanas en su mayor frenesí, se desplegaron y extendieron en la ciudad vencida como furias desatadas. Completaron aquellas horas de vandalismo el número de cuatro mil víctimas que tuvo el vecindario.»—(N. del T.)

(2) Esta conquista resultó más ruidosa que importante. Ni Montserrat ha sido